

Condición obrera y emigración

Por Juan N. GARCIA NIETO *

La población migrante continúa siendo la pieza débil del «table-ro» del sistema, la más traumatizada, la más vejada.

Cuando se habla de «condición obrera» nos referimos fundamentalmente a tres aspectos: 1) Las condiciones objetivas de vida del trabajador; 2) La conciencia que esas condiciones generan, tanto a nivel individual como colectivo; y 3) La práctica que se deriva de esa conciencia, en vistas a conseguir unos objetivos determinados: sociales, económicos y políticos.

Estos aspectos, determinantes de la condición obrera, deben, en todo caso, entenderse siempre en un contexto preciso del desarrollo social, que, a su vez, viene fijado por el tipo de relaciones de producción dominante. El análisis del primer aspecto—condiciones objetivas de la vida del trabajador—constituye un elemento previo e indispensable para profundizar en todo aquello que determina el contenido global de la condición obrera: la conciencia de clase y la estrategia sindical y política de los trabajadores en su conjunto.

Precisamente el trabajo de análisis socio-laboral que emprendió Alfonso Comín, si bien se refiere a la globalidad de la condición obrera, insiste de una forma muy especial en el conocimiento y descripción de esas «condiciones objetivas» a que se ve constantemente sometido el trabajador. A este aspecto, pues, voy a referirme, sin pretender agotarlo, sino fijándome en aquellos elementos que más presentes están en la preocupación sociológica de A. Comín: **el problema del trabajador emigrante y su encuentro con el trabajo industrial y la cultura de la sociedad receptora.**

LAS CONDICIONES DE TRABAJO

Las condiciones de vida del trabajador vienen impuestas por la lógica del sistema de producción: el trabajador debe ser una pieza—un instrumento—del engranaje del sistema productivo, que encaje bien, que no distorsione, que esté siempre a punto a la llamada de las nuevas inversiones, o que se le pueda «conservar» en reserva durante los momentos de recesión. Tan simple como esto, y al mismo tiempo tan dramático para el «ser humano» que está y que vive dentro de la «pieza» del engranaje productivo.

Comín—recordando el análisis de Lucio Magri—lo aplica a la situación de la clase obrera en Andalucía y a los trabajadores emigrantes de las zonas del

* Responsable de Formación Sindical en el Baix Llobregat.

J. N. GARCIA NIETO

Sur, resumiendo así los objetivos de las minorías dirigentes del sistema: Explotar sistemáticamente los sectores más débiles de la economía y así, apoderándose de una parte de la plusvalía producida por esos sectores, acelerar su propio proceso de acumulación. Tener una amplia reserva de la mano de obra y un ejército de parados que mantiene los salarios en un nivel bajo, aun en los sectores de elevada productividad. Tener a su alrededor un amplio sector atrasado de pequeñas y medianas industrias, capaz de absorber y de atenuar las repercusiones de las oscilaciones cíclicas de la demanda y de los precios del mercado (1).

Frente a estas «imposiciones» el trabajador continúa siendo una pieza para el sistema, que se ve manejada, llevada y traída, abandonada según convenga. Vivienda, ritmos de trabajo, emigración, cultura, inseguridad en el trabajo, futuro de los hijos, paro, consumo fácil y superficial, etc., etc. Todo esto constituyen las piezas del tablero que manejan «inteligentemente» las minorías dominantes para llevar a cabo y consolidar su proyecto.

«Los pasos a dar hacia esa evolución, el camino a seguir, va siendo trazado, quizá con titubeos, pero inflexiblemente, por la minoría dirigente. La desigualdad es la base de la prosperidad y los propietarios privados deben mantener **desigualdad y prosperidad particular** paralelamente. Sus nuevos estrategas, los tecnócratas a sueldo, desde sus despachos con aire acondicionado, rebosantes de prestigio intelectual, dictan los pasos a seguir y colocan los alfiles y las torres en los lugares adecuados del tablero para seguir venciendo en la nueva partida social que se le presenta al país. La estrategia de la desigualdad, base del bienestar de las minorías dominantes y frente a los respetables sueldos de sus fieles servidores, de los intelectuales, mercaderes de la inteligencia y de los decididos tecnócratas, investigadores de la «realidad», constituye la esencia de las preocupaciones de la **élite**. La estructura se moviliza, evoluciona inevitablemente; la historia presiona y los cambios sobrevienen... La estrategia de la desigualdad en las sociedades industriales, estrategia burocratizada y centralizada ya no trata de resistir a ciertos cambios y reivindicaciones sociales, con peligro de provocar explosiones inútiles. Más inteligente y refinada dirige sus fuerzas y recursos hacia válvulas de escape capaces de desviar la acción obrera hacia objetivos favorables para el fortalecimiento de otra desigualdad, menos aparente, pero no menos real» (2).

LA EMIGRACION Y EL TRABAJO

La descripción que acabamos de transcribir tiene, evidentemente, unas connotaciones muy directas con todo aquello que afecta a los trabajadores inmigrantes, piezas «privilegiadas» del tablero que han sido utilizadas para que fuese posible el desarrollo de la década de los sesenta.

¿Quiénes fueron aquellos inmigrantes que vinieron a Catalunya? Recordemos unos datos. En lo que llevamos de siglo Barcelona-provincia ha experimentado un crecimiento ciudadano del orden de los dos millones ochocientos mil personas. En los últimos setenta años hay dos épocas de especial auge migratorio. La de los años veinte, con la Exposición Universal de Montjuic de 1929, en que se alcanza una cifra de inmigrantes del orden de 376.081. Y

(1) COMIN, A., **España del Sur**, Ed. Tecnos, Madrid, 1965, p. 565.

(2) COMIN, A., **ibidem**, p. 563.

CONDICION OBRERA Y EMIGRACION

los dorados sesenta, época del **boom** industrial catalán, en donde se alcanzan cifras del orden de los 661. 882 inmigrados. El fenómeno se estanca, sin embargo, en los años setenta y especialmente a partir de 1974, en que aumenta considerablemente el índice de paro, alcanzando en 1981 a más de un cuarto de millón. El paro afecta lógicamente a las piezas más «débiles» del engranaje: el 70 por 100 de los trabajadores en paro son de origen migratorio. Más del 40 por 100 proceden de Andalucía. Cerca de un 30 por 100 de Extremadura, y los restantes, de otros sitios de España: Galicia y Murcia sobre todo.

Los datos transcritos son en sí mismos elocuentes. Nuestra preocupación se centra, sin embargo, en conocer el contenido del itinerario de los emigrantes, no tanto su itinerario geográfico, sino el proceso interno de su marcha, a veces sin rumbo, en busca de una vida posible. Es decir, lo que para ellos ha supuesto el traslado de un sitio del «tablero» (lugar de origen) al destino que se les imponía para sobrevivir y para «contribuir al desarrollo del sistema». Nos preguntamos, también, qué ha significado para el emigrante la «adaptación» de trabajador de origen rural al trabajo urbano-industrial.

El planteamiento de estos problemas supone no caer en la trampa de analizar el fenómeno migratorio desde una simple perspectiva positivista y descriptiva. El intento no es fácil, pues no suelen abundar estos tipos de análisis. A título indicativo, y sin ánimo de decir la última palabra, tan sólo como una primera aproximación, éstos serían los primeros datos a tener en cuenta:

a) La experiencia de trabajo que aporta el inmigrante

Conocer esto es importante, por cuanto ello nos ayudará a descubrir las dificultades de adaptación a la nueva situación (3).

La mayoría de los inmigrantes (70 por 100) de los años 60 sólo tenía una experiencia de trabajo agrícola, minas, pastoreo y, en algún caso, construcción. El resto trabajaba en carpintería o en oficios artesanales del pueblo. El trabajador, pues, que abandonó el pueblo o la zona rural no aportaba ninguna cualificación profesional en su mayoría y venía con una instrucción de niveles muy bajos. La única salida sería el trabajo de peonaje y el peor retribuido. Por otro lado, se constataba que las empresas donde empezaban a trabajar no tenían ninguna política de formación ni de adiestramiento profesional. El objetivo urgente e inmediato era disponer de mano de obra abundante y barata, dispuesta a hacer horas extraordinarias. Y éstas eran necesarias para el que llegaba a la ciudad y tenía que solucionar problemas urgentes: buscar vivienda, traer el resto de la familia que se había quedado en el pueblo, etc.

Esta precariedad en la calidad profesional, sin ninguna perspectiva de desarrollo para la inmensa mayoría, marcaría definitivamente a la primera generación de la inmigración, con consecuencias serias que luego indicaremos.

(3) Los datos que utilizamos corresponden a un trabajo-encuesta, inédito todavía, a falta de una ulterior elaboración, en el que colaboró muy directamente Alfonso Comín, **La Emigración en el Baix Llobregat (Barcelona) en los años 60-70.**

J. N. GARCIA NIETO

b) Por qué emigraron

Aparte de las razones estructurales del sistema, ya mencionadas, y que sobrepasaban a la libertad de decisión del emigrante, había razones de tipo personal más inmediatas, consecuencia, lógicamente, de aquellas.

En los sitios de origen, sobre todo en Andalucía, el 38 por 100 había experimentado situaciones permanentes de paro. Otros, el 48 por 100, no veían ninguna perspectiva posible de supervivencia ni para ellos ni para su familia. Sólo en contados casos el motivo de emigrar se debía a ansias de «aventura» (4 por 100), o porque familiares o amigos les llamaban o convencían (9 por 100).

c) El encuentro con el trabajo industrial

El problema del encuentro con el nuevo trabajo condicionaba toda la problemática y la aventura de la emigración. Lo demás serían consecuencias necesarias (vivienda, cultura, etc.). Para entender éstas es menester conocer lo que suponía buscar trabajo, aceptar lo primero que salía sin ninguna preparación profesional, la dureza de un trabajo de fábrica y en un medio ambiente distinto, la incertidumbre de encontrar trabajo seguro y fijo.

Es significativo poder constatar que un 70 por 100 de los trabajadores encuestados, cuando vinieron a Catalunya no sabían qué trabajo iban a realizar, ni dónde, ni bajo qué condiciones; para este 70 por 100 su primer puesto de trabajo fue de peonaje en fábricas y sobre todo en la construcción. No siempre les fue fácil encontrarlo, a pesar de que aquella inmigración tuvo lugar en el período de la euforia desarrollista: los años sesenta. Sólo un 42 por 100 encontró trabajo al llegar, o al cabo de muy pocos días. El resto tardó desde quince días a medio año (40 por 100), y un 4 por 100 más de un año.

Pero el encontrar trabajo al llegar, o al cabo de poco tiempo, no suponía un trabajo fijo: contratos eventuales, falta de adaptación, expedientes de crisis, enfermedades, fueron las causas más frecuentes de volverse a encontrar parados, durante periodos relativamente largos. La gran oferta de trabajo no suponía grandes dificultades para las empresas. Muchas incluso se beneficiaron de esa rotación laboral, pues se evitaban una mano de obra estable que iría adquiriendo «conciencia obrera». Y eso no interesaba en un momento en que la ascensión del movimiento obrero organizado empezaba a preocupar después de los años relativamente «tranquilos», sindicalmente hablando, de la década de los cincuenta. He aquí algunos datos: un 17 por 100 de los trabajadores inmigrados se vieron afectados por el despido o el paro: a veces durante uno o dos meses, y a veces hasta más de un año.

d) Dificultades, expectativas y caminos cerrados

En el ánimo de inmigrante lo que más pesaba era la falta de seguridad, por por otro... Normalmente el trabajador adulto inmigrado perdía en seguida las esperanzas de promocionarse en el trabajo, y encontraba en él una barrera infranqueable que le encadenaría ya para siempre. Por lo menos era ésta la sensación de ánimo que manifestaban y que lógicamente creaba en muchos de ellos una mentalidad o actitud de pasividad y de resignación. Es cierto que en sectores bastante significativos esta actitud de resignación iría cediendo

CONDICION OBRERA Y EMIGRACION

a otra de protesta, sobre todo en aquellas zonas, como el Baix Llobregat, donde el movimiento obrero empezaba a constituir uno de los principales bastiones del movimiento conflictivo en el cinturón industrial de Barcelona.

Las acciones colectivas de protesta no nos tienen que hacer perder de vista, sin embargo, lo que pasaba en el interior de la gran mayoría: un 66 por 100 estaba convencido de que en su trabajo actual no podría prosperar, bien porque le faltaba preparación (30 por 100), bien por las dificultades y falta de oportunidades que encontraba en la empresa o fábrica (28 por 100). No es de extrañar que muchos de ellos no pensarán tanto en sí mismos cuanto en las oportunidades que podrían tener sus hijos y lo que para éstos deseaban: así vemos que sólo un 6 por 100 deseaba para sus hijos la tradición de trabajo manual en fábrica que ellos tenían, mientras que el 59 por 100 deseaba para sus hijos un trabajo administrativo o una profesión liberal.

Nos preguntábamos ya entonces: ¿Era el inmigrante un hombre acabado? La respuesta nos parecía evidente: profesionalmente sí, en su inmensa mayoría. Consideramos que éste es el hecho más importante y que configuraba el drama interno del inmigrante adulto. Había tropezado con la «lógica implacable del sistema» que le había absorbido en su engranaje y de allí ya no iba a salir. Soportaba esta situación porque «no había más remedio» y porque intuía una esperanza en el futuro de sus hijos. En esta perspectiva había que situar el análisis de la incorporación de sectores importantes, y a veces mayoritarios de la inmigración en la otra dimensión de la «condición obrera»: su participación en el movimiento obrero, cosa a la que me referiré en seguida.

HIPOTESIS DE TRABAJO PARA UN ULTERIOR ANALISIS

Las consideraciones que preceden son sólo, como ya se ha advertido, un primer intento de aproximación. Es a partir de aquí, con la perspectiva de los años 80, cómo se podrá analizar con una mayor profundidad el fenómeno migratorio, su relación con la condición obrera, y el proceso de su inserción en la sociedad receptora, en este caso Catalunya, y los problemas culturales que de ello se están derivando.

Para llevar a cabo este análisis deberán tenerse presentes una serie de «cautelares metodológicas» o, si se quiere, de «hipótesis de trabajo». A ellas me voy a referir, sobre todo a aquellas que considero más importantes y significativas y, en cualquier caso, necesarias. Sin tenerlas presentes un trabajo de esta índole quedaría radicalmente viciado. Son además importantes en nuestro caso porque ellas han estado siempre presentes en el trabajo global de Alfonso Comín, a veces de forma muy explícita, como ahora veremos, a veces sólo intuitas como propósito de trabajo.

Estas hipótesis de trabajo se refieren fundamentalmente a dos campos de análisis: la inmigración y su relación con el movimiento obrero («condición obrera») y con la cultura catalana.

- a) **En el análisis del fenómeno migratorio y de la incorporación del inmigrante en la sociedad receptora, además de las variables económicas, tiene que estar presente la «perspectiva de clase»**

El inmigrante no es sólo parte del gran ejército de reserva que se ve movilizado para garantizar al sistema los suficientes recursos en momentos de expan-

sión y desarrollismo. Y no es solamente un hombre o una mujer que se ven obligados a escapar del hambre. Además de esto este hombre o esta mujer tienen una historia personal y propia y tienen una herencia cultural. Por eso mismo para Comín una exigencia metodológica previa era preguntarse: «¿Qué bagaje humano, cultural, etc., lleva consigo el inmigrante del Sur cuando viene a Catalunya?»

«Cuando se procede al análisis de los fenómenos migratorios, habitualmente se considera al obrero de origen rural desprovisto de conciencia de clase, poseedor, a lo más de un instinto de clase primario. En muchos países (...) el inmigrante marchaba del campo sin apenas haber conocido luchas sociales y políticas relevantes, donde las relaciones pre-capitalistas de producción habían entrado en quiebra (...). Pero el caso de España no ha sido éste. Las agitaciones campesinas de amplias zonas del país durante el siglo pasado y primer tercio del actual—especialmente en Andalucía y Extremadura—han sido notables y han marcado para siempre la composición y la conciencia del campesinado» (4).

Sólo teniendo presente este dato puede procederse a analizar correctamente la trayectoria del inmigrante, su encuentro con la sociedad receptora, su proceso de asimilación a ella, y la posible aportación cultural que a ella hace el mismo inmigrante.

b) Para el inmigrante el proceso de descubrir la conciencia nacional catalana pasa por la comprensión de y la incorporación en el movimiento obrero catalán

Comín es crítico frente al proyecto «integracionista», sin más, contemplado por determinados sectores del nacionalismo catalán de procedencia burguesa. Por eso tenía presente que:

«... el proletariado—catalán—se halla constituido sustancialmente por inmigrantes en proceso de asentamiento que han formado parte de los 'otros catalanes' o catalanes de adopción, pero que sufren las discriminaciones propias de la ciudad de clase, y que comparten la posición de clase y las relaciones de producción propias del trabajo manual» (5).

Es a partir de la experiencia de estas relaciones de producción cuando es posible plantear el problema en sus justos términos. En este sentido, enlazando este segundo presupuesto metodológico con el anterior, Comín recuerda cómo el inmigrante no viene vacío de cultura, una cultura propia, de la que es más o menos consciente. Y al llegar a Catalunya su primer encuentro no es con la «cultura nacional catalana», sino con la **cultura de fábrica**, con la **cultura de las relaciones de producción capitalistas**, con la **cultura de suburbio**... Lógicamente el proceso de resituación cultural del inmigrante no comienza, en primer término, a través del aprendizaje de una lengua nueva ni a través del conocimiento de las tradiciones culturales de Catalunya. Su primera preocupación es la «supervivencia», la resistencia a las formas de explotación de fábrica. Para los sectores más significativos de la inmigración (los sectores que posteriormente sintonizarán y se identificarán con la nacionalidad catalana) este proceso significa, al mismo tiempo, lo que Comín llama

(4) COMIN, A., GARCIA-NIETO, J. N., *Juventud Obrera y Conciencia de Clase*, Edicusa, Madrid, 1974, p. 55.

(5) *Ibidem*, p. 49.

CONDICION OBRERA Y EMIGRACION

la actualización de una memoria histórica: «Los hijos de aquel proletariado agrícola que luchó por la 'tierra para el que la trabaja' o por lograr un mínimo de condiciones de trabajo tolerable son históricamente los inmigrantes de hoy». Es éste un pensamiento constante en Comín.

«Con ellos va su historia. En muchos casos la 'reescriben', al descubrir las contradicciones propias de su nueva condición de clase. Es decir, al penetrar las relaciones de clase propias del capitalismo industrial 'redescubren' las relaciones de clase que habían vivido y aceptado pasivamente en su tiempo rural» (6).

c) El Movimiento Obrero es parte integrante de la cultura catalana y de la lucha por la autonomía nacional. Pero el movimiento obrero debe mucho a los trabajadores inmigrantes

Es ésta una de las hipótesis de trabajo más importante, a mi modo de ver, con que opera Comín en su análisis de la «cuestión migratoria-cuestión catalana». Ciertamente que no se trata de oponer la Catalunya proletaria a la Catalunya burguesa de una forma simplista y mecánica «diciendo que la primera resume todas las reivindicaciones justas de la segunda, además de las propias del proletariado y de las clases populares» (7).

El problema es mucho más complejo. Pero no hay duda de que la reciente historia de Catalunya durante el último siglo muestra el papel relevante que en su configuración desempeña el Movimiento Obrero. Y este Movimiento Obrero era—en los años veinte y en los treinta—protagonizado por trabajadores inmigrantes. Basta recordar la figura de Angel Pestaña, uno de los hombres más prestigiosos y críticos constructivos de la CNT. El mismo movimiento anarquista catalán se alimentó en gran parte de trabajadores inmigrados.

Por lo que se refiere a la historia de las últimas décadas puede decirse exactamente lo mismo sobre andaluces, extremeños y gallegos, con la particularidad de que son también ellos los que protagonizan, en buena medida, la lucha por la autonomía nacional catalana, recuperando para ésta un contenido de clase, no siempre coincidente con los proyectos nacionalistas de la burguesía catalana. Hablar hoy de la existencia de un «catalanismo popular», en contraposición a un «nacionalismo burgués» no es un despropósito. Y esto se debe, como decimos, en buena medida, a los trabajadores de origen migrante.

d) Los trabajadores inmigrantes han contribuido a la «normalización» de la cultura catalana

La lucha por las libertades nacionales y la normalización de la cultura autóctona, después de los años de la represión franquista que sufre Catalunya sobre su identidad nacional y su cultura, no puede analizarse ni comprenderse si no se tiene presente el hecho migratorio. Es ésta también una constante en el pensamiento de Comín.

Es decir, no se trata de recuperar sólo la identidad nacional catalana, sino de garantizar los derechos culturales del mismo inmigrante en el seno de

(6) *Ibidem*, p. 55.

(7) *Ibidem*, p. 37.

J. N. GARCÍA NIETO

la cultura catalana. La defensa de estos derechos debería ayudar a repian-tear el análisis que a veces se hace, un tanto superficialmente, sobre el pro-ceso de «integración-asimilación» de inmigrante. También el inmigrante aporta cultura propia a la cultura catalana.

«debe proponerse incorporar activamente a la vida cultural a quie-nes han sido las principales víctimas de la aculturación propia del fran-quismo, es decir, a los trabajadores que han sido sistemáticamente mar-ginados de las tareas culturales y que, a partir de ahora, han de partici-par plenamente en ellas» (8).

El desarrollo de esta hipótesis adquiere en el pensamiento de Comín for-mulaciones más matizadas:

«Catalunya ha conservado con tal fuerza su identidad y su capaci-dad asimiladora que es capaz de ejercer sobre los inmigrantes la atrac-ción y el impulso integrador propio de una «patria de adopción», y ellos mismos, los «nuevos catalanes», al integrar y asimilar la cultura cata-lana, enriquecen la realidad misma de Catalunya. Naturalmente se tra-ta de una integración voluntaria y no de una asimilación forzosa. Este proceso requiere tiempo y un cambio de mentalidad cultural; lo que en otra ocasión he denominado, proceso de conversión cultural a la cata-lanidad, es decir a una nueva identidad asumida mediante un proceso de reconocimiento histórico» (9).

Por todo ello, añadirá Comín en repetidas ocasiones, una garantía para esta normalización en las relaciones culturales deberá garantizar el respeto a la cultura de origen: «Considero que a partir de tales planteamientos la re-lación entre las dos culturas adquirirá plena normalidad, contará con bases sólidas para la comunicación intensa y fraternal, tal como corresponde al pre-sente momento histórico» (10).

INMIGRACION E INCORPORACION DEFINITIVA A LA «CONDICION OBRERA»

La suma y combinación de todos los elementos que acabamos de descri-bir constituyen las bases de análisis para la interpretación del proceso de in-corporación de los trabajadores inmigrantes a la «condición obrera» en su sentido más complejo.

Decíamos al principio que son varios los elementos que configuran el pleno significado de la «condición obrera»: no sólo las condiciones objetivas de vida del trabajador, no sólo la conciencia que esas condiciones generan tanto a nivel individual como colectivo, sino también la práctica que se deriva de esa conciencia.

Para el trabajador inmigrado el proceso de incorporación a esta práctica no se da de una forma mecánica y automática.

En realidad el trabajador recién inmigrado no siempre tiene posibilidades

(8) COMIN, A., «Intelectuales de izquierda y organización de la cultura», *La Vanguardia*, 27 de agosto, 1977.

(9) *Ibidem*.

(10) *Ibidem*.

CONDICION OBRERA Y EMIGRACION

de descubrir su pertenencia a la clase obrera de forma subjetiva y consciente. Por lo dicho anteriormente—preocupaciones inmediatas de supervivencia...— puede entenderse fácilmente esta afirmación. Sería un tanto superficial afirmar que por el solo hecho de ser inmigrante que proviene del Sur ya se dispone de aquella «memoria histórica» que redescubre en Catalunya las mismas contradicciones de clase que existen objetivamente en sus tierras de origen. En este sentido Comín en más de una ocasión había comentado conmigo la atención que debe prestarse a algunas de las conclusiones a que llega A. Touraine en su obra **Obreros de origen agrícola**, cuando dice que la situación de movilidad impide al inmigrante su completa identificación con la condición obrera. Insatisfecho, el nuevo obrero continúa colocándose en una perspectiva de movilidad; se orienta más hacia un cambio de su situación personal que hacia una transformación, casi siempre lenta y parcial, de una situación colectiva.

No es posible, todo lo contrario, hacer una afirmación categórica sobre este hecho. El hecho, ya constatado, del protagonismo desempeñado por los trabajadores de origen migrante en el desarrollo del movimiento obrero de Catalunya, indican más bien todo lo contrario. Pero el hecho migratorio es un hecho masivo, y conviene ser cauto en el momento de elevar a conclusiones generales aspectos importantes y ciertos que se refieren a sectores significativos de la inmigración. Un hecho es cierto: la población migrante continúa siendo la pieza débil del «tablero» del sistema, la más traumatizada, la más vejada.

Las aportaciones de Comín para su comprensión no solamente son válidas sino que dejan una serie de interrogantes e interpelaciones a los que todavía no se ha respondido de forma adecuada.

Todo ello es parte de la herencia de intelectual comprometido que Comín nos deja. Una antorcha que recogemos para continuar el camino.